

de puentes y caminos; póngalos usted á todos en movimiento, y no se duerma en los trámites comunes de las oficinas... Las noches de invierno son largas; tenga usted bien nutrida su cartera, para que en esos tres meses podamos discutir los medios de obtener tan envidiables resultados.»

En su extremado ardor por acelerar y hasta precipitar el logro del bien, quiso atender asimismo al Banco de Francia, que se proponía convertir en uno de los principales instrumentos de la pública prosperidad. Había exigido en 1806 que este grande establecimiento cambiase de constituciones, y tomase, por decirlo así, forma monárquica, en vez de la forma republicana que hasta entonces había tenido, para lo cual se le diese un gobernador con tres regentes nombrados por el ministerio de Hacienda. Había deseado también que el capital del Banco fuese proporcionado á la importancia que nuevamente le asignaba, y que en vez de cuarenta mil acciones emitiese hasta noventa mil, con lo cual debía subir su capital de cuarenta y cinco á noventa millones. No se habían emitido aún estas acciones, porque el Banco temía no tener dónde emplear el nuevo capital creado, sobre todo después que Napoleón había resuelto como más expeditivo que el servicio del Tesoro se cubriese por el Tesoro mismo, y á este servicio había consagrado una suma de ochenta y cuatro millones, de la cual ya había entrado en caja más de la mitad. No obstante, el resultado de esta excelente medida era dejar ociosos los capitales que antes solían emplearse en *obligaciones y bonos á la vista*.

Holgábase mucho Napoleón de ver en aprieto á ciertos capitalistas, diciendo que así buscarían en el comercio, en la industria y en las grandes obras públicas, el empleo que no les ofrecían ya los valores del Tesoro. El Banco, que ordinariamente hacía también el descuento de estos valores, y que no podía ya proporcionárselos, titubeaba en hacer la emisión de sus cuarenta y cinco mil nuevas acciones. Obligóle Napoleón á que lo hiciese, prometiéndole darle en breve, como también á todos los capitalistas, una buena colocación para su dinero, multiplicando todo género de empresas. A propósito de esto decía al Banco de Francia en su acostumbrado lenguaje figurado: «Con la propensión que en nuestro país se advierte á centralizarlo todo en París, así los pagos como el mismo gobierno, el Banco vendrá á ser en la capital el primero entre los agentes comerciales; entonces será verdaderamente digno de su nombre de Banco de Francia, y será para París lo que es para Londres el Támesis, que es su vehículo para todas las cosas.» Reclamó pues la emisión de las cuarenta y cinco mil acciones nuevas, las cuales se colocaron con ventaja, porque emitidas á mil doscientos francos cada una (los mil francos representaban el capital de la acción, y los doscientos los beneficios antiguos acumulados), se negociaban á mil cuatrocientos francos. Eran los tres efectos públicos de la época la renta del cinco por ciento, las acciones del Banco y las rescriciones sobre bienes nacionales introducidas para la liquidación de los atrasos. El cinco por ciento en la época á que nos referimos (agosto de 1807) se vendía á noventa y tres francos, las acciones del Banco á mil cuatrocientos veinticinco francos, y las rescriciones á noventa y dos. El tipo de estas últimas había venido á ser casi invariable.

Pidió Napoleón que el interés del Banco se redujese al cuatro por ciento y adoptó esta medida con toda urgencia. Mandó que el interés de las fianzas se redujese, para unos de seis á cinco, para otros de cinco á cuatro. Llevó por fin su impaciencia por el bien al extremo de querer fijar en un tres y un tres y medio el interés que la caja de servicio pagaba á los capitales. Como no necesitaba dinero y le hacía ingresar en esta caja con abundancia, sostenía que bastaba conservar los fondos que se satisfacían con esta remuneración; enviar los demás al comercio, y promover así la baja del interés por cuantos medios tuviese á su disposición el gobierno. Pero Mr. Mollién le contuvo probándole que semejante resultado sería prematuro, porque aún no había ingresado en la caja todo el metálico que le estaba prometido, y todavía eran necesarios los recursos que ordinariamente la sostenían. Un año más tarde hubiera sido infalible el buen éxito de aquella medida, si nuevas empresas exteriores no hubieran desviado los capitales, así como los ejércitos de la Francia, de su mejor, más útil y más seguro empleo.

El aspecto, si no espantoso, triste por lo menos, que había tomado la guerra durante el invierno de 1807, unido á los rigores de la estación y á la ausencia de la corte imperial, había enervado momentáneamente la actividad de los negocios, en París sobre todo; pero con el restablecimiento de la paz continental y las esperanzas de la paz marítima, volvieron á tomar vuelo las imaginaciones, y en todas partes empezaron á moverse las fábricas y á tratarse en las casas de comercio proyectos de especulación que abrazaban la extensión entera del continente. Aunque los productos de la Gran Bretaña hallasen aún cabida en el litoral europeo por ciertos puntos ignorados por Napoleón, sin embargo costábales el penetrar mucho trabajo, y más aún el poder circular. Los hilos y tejidos de algodón, que merced á las leyes prohibitivas dadas á la sazón en Francia se habían fabricado con ganancia en cantidad considerable y con cierto principio de perfección, substituían ya á los productos ingleses, atravesaban el Rhin en busca de nuestros ejércitos, y se difundían por España, Italia y Alemania. Nuestras sederías, sin rival en tiempo alguno, llenaban los mercados de Europa con grande medro de la población lionesa. Nuestros paños, que ofrecían la ventaja de la primera materia desde que los ingleses carecían de lanas españolas, tan abundantes para nosotros, cerraban á los paños de Inglaterra todas las ferias del continente, porque los superaban no sólo en calidad, sino también en lucimiento. No eran además nuestros productos los únicos que ganaban con la exclusión de los géneros ingleses: Sajonia, la más industriosa de todas las provincias alemanas, mandaba ya por el Elba sus carbonos á Hamburgo, paños fabricados con sus hermosas lanas á los mercados en donde nunca hasta entonces habían penetrado, y los metales de Erzgebirge á todos los puntos donde faltaban los de América. Nuestros hierros y los alemanes sacaban también mucha ventaja de la exclusión de los ingleses y suecos, y se perfeccionaban de una manera visible.

Esforzábase Napoleón en favorecer con el imperioso influjo de la moda, influjo ligero y fantástico que divide con el sagrado influjo de la conciencia el privilegio de substraerse al poder, pero que sin embargo se somete de

grado al prestigio de la gloria, el uso de los productos fabricados con materias de origen continental. Quería, por ejemplo, que se prefiriesen la tela y el linón fabricados con cáñamo y lino, á la muselina hecha de algodón. Quería asimismo que se prefiriese la seda al paño sencillo, lo que en cierto modo hubiera ocasionado un retroceso hacia el lujo del antiguo régimen, hacia el tiempo en que los hombres, en vez de ceñirse al modesto vestido de paño negro, se cubrían con estofas tan ricas como las que emplean las damas para sus vestidos. Fomentaba el emperador este retroceso, como el retroceso hacia la nobleza, títulos y dotaciones, y lo defendía con razones que le eran peculiares, razones profundas que le dirigían siempre hasta en las cosas más fútiles en la apariencia.

Así pues, á excepción de nuestra industria marítima, cuya inacción procuraba Napoleón subsanar con inmensas creaciones navales, todas las demás industrias recibían nuevo fomento y desarrollo de esa misma situación extraordinaria en que había puesto á la Francia. Y, ¡cosa rara!, la más grande de todas las fuerzas mecánicas, sin embargo, la fuerza del vapor, que por su potencia expansiva es hoy la que da vida á la industria humana entera, que pone en movimiento tantas fábricas, que hace andar tantas naves, y que constituye con la paz la causa principal del bienestar de las clases inferiores y del lujo de las más elevadas, sólo la fuerza del vapor esquivaba la atención de Napoleón y se iba desarrollando á su lado mismo sin su auxilio. La máquina de vapor, llamada en aquel tiempo máquina de fuego, por el más aparente de sus fenómenos, estaba groseramente constituida y consumía una cantidad excesiva de combustible; y no se hacía uso de ella más que para las minas de hulla por lo barato del carbón en esta especie de establecimientos. La Sociedad de fomento de la industria ofreció un premio á los que propusiesen el modo de emplearla con más facilidad y economía; mientras tanto Fulton, desofdo por Napoleón en 1803 porque para cruzar la mar necesitaba éste un medio ya experimentado, y no un medio dudoso todavía, estaba á unas mil leguas de nuestras riberas experimentando por primera vez un buque movido por lo que se llamaba entonces una máquina de fuego. Verificó el doble tránsito de Nueva York á Albany, y *vice versa*, en cuatro días, y apenas llamó la atención del globo cuya faz iba á cambiar totalmente de allí á treinta años. No era esta la primera vez que se veía una grande invención, debida á un genio secundario pero especial, desdeñada por hombres de genio superior sin merecerles una leve mirada. La pólvora, que destruyendo en la guerra el imperio de la fuerza física, contribuyó tan poderosamente á hacer una revolución en las costumbres europeas, no solamente fué odiosa al heroico Bayard, sino que inspiró desprecio á Maquiavelo, juez tan profundo de todas las cosas humanas, autor de un tratado de la guerra tan admirado por Napoleón, y fué por él calificada de invención efímera y de ninguna consecuencia.

Persuadido de que una buena legislación, habiendo capitales y salidas, es el mayor bien que se puede proporcionar al comercio, mandó Napoleón al archicanciller Cambaceres que hiciese preparar un código mercantil. Acababa en efecto de redactarse este código; su

esencia se había tomado de las naciones marítimas más florecientes, y su forma sencilla y analítica del genio francés, que se distinguía por estas cualidades principalmente en la redacción de las leyes, las cuales, concebidas con arreglo á un plan uniforme y vasto, y escrupulosamente revisadas en su redacción por el Consejo de Estado, nunca sufrían la menor corrección en el cuerpo legislativo, que las adoptaba ó repudiaba sin enmiendas. Este código, completamente preparado para el regreso de Napoleón, había de ser presentado al cuerpo legislativo con las demás medidas de que acabamos de hacer mención, en la breve legislatura que estaba dispuesta.

Tiempo era por fin de que Napoleón concediese á sus gloriosos soldados las recompensas que les había prometido, y de que ellos se habían hecho tan dignos durante las dos últimas campañas; pero en lo que principalmente demostró su genio organizador y fecundo fué en la forma de estas recompensas, porque lo primero que había querido evitar era abandonarles los despojos de los vencidos para que locamente los devoraran en una orgía. Quería con lo que les diese fundar grandes familias que rodeasen el trono, que concurriesen á defenderlo, y que contribuyesen á dar brillo á la sociedad francesa sin perjudicar á la libertad pública, y sobre todo sin ocasionar la más leve infracción de los principios de igualdad proclamados por la revolución francesa. La experiencia ha acreditado que una aristocracia de por sí no daña á la libertad del país, pues la aristocracia inglesa ha contribuido tanto como las demás clases de la nación á la libertad de la Gran Bretaña. Además la razón confirma que una aristocracia puede ser compatible con el principio de la igualdad, siempre que se verifiquen dos condiciones: primera, que los individuos que la componen no disfruten de derechos privados, y se sujeten en todo á la ley común; segunda, que las distinciones puramente honoríficas, concedidas á una clase, sean accesibles á todos los ciudadanos de un mismo estado, que las alcancen con sus servicios y talentos. Esto era lo que con razón anhelaba la revolución francesa, y lo que se proponía mantener de una manera invariable. Sin embargo, en nuestra opinión lo mejor que puede hacer un gobierno sensato en las sociedades modernas, donde la envidia está en perpetua conspiración contra las instituciones aristocráticas, es dejar obrar á las leyes de la naturaleza humana, sin mezclarse de ningún modo en ellas. Estas leyes por sí solas bastan para conducir al hombre libre á Dios, y después de Dios al culto de los mayores. Hágase lo que se quiera, siempre el inclito guerrero, el ilustre magistrado y el célebre sabio legarán á sus descendientes una consideración que los distinguirá del vulgo, y teniendo méritos propios, les allanará la mayor dificultad con que tiene que luchar el mérito en este mundo, que consiste en atraerse la primera mirada del público. No necesitan intervenir las leyes para que esto se verifique, porque no es la ley escrita sino la naturaleza que ha originado la aristocracia de todas las naciones, y principalmente de las repúblicas. La naturaleza produjo la aristocracia de Venecia mucho antes de que ésta pensase en atribuirse con las leyes derechos privativos. Cabalmente es esta una materia en que es preciso no entrometerse si se tiene afición á ella. Basta el tiempo para engendrar aris-

toerías por doquiera; lo que importa es no incurrir en el ridículo de tomar sobre sí el cargo del tiempo, limitándose cuando más á impedir que se arroguen privilegios exclusivos, lo que por cierto no intentarán en lo venidero.

Pero si hubo soberano en el mundo que pudo considerarse exento del ridículo y de la ociosidad que lleva á veces consigo el establecimiento de las instituciones aristocráticas, fué en verdad el que osó y pudo restablecer la monarquía palpitando aún la república, y la diferencia de jerarquías (no la de derechos) cuando imperaba una brutal igualdad; el que en su vasta imaginación soñaba una sociedad grande como su genio y alma, y que para crear familias poderosas tenía tesoros y recuerdos inmortales de que disponer; que podía llamarlas Rívoli, Castiglione, Montebello, Elchingen y Awerstaedt, y darles hasta un millón de francos de renta anual. Bien merecía, pues, disculpa, puesto que lejos de querer violar los verdaderos principios de la revolución francesa, creía por el contrario consagrarlos de una manera esplendorosa al hacer á imagen de su propia fortuna un duque ó un príncipe de un humilde labriego. Otra consideración, por último, podía alegarse para aplacar la más severa censura, que era la conveniencia de proporcionarse medios inocentes é inofensivos de estimular y recompensar los grandes actos de heroísmo (1) (*).

Sacó pues partido Napoleón de la gloria de Tilsit y del prestigio que á la sazón le rodeaba, para dar cima al proyecto de fundar una nobleza, que de mucho tiempo atrás meditaba. Ya en el 1806, cuando repartió coronas á sus hermanos, á sus hermanas y á su hijo adoptivo, y principados á muchos de sus servidores, dando al mariscal Bernadotte el de Ponte-Corvo, á Mr. de Talleyrand el de Benevento, y al mayor general Berthier el de Neufchatel, había anunciado que un estatuto posterior reglaría el orden de suceder de las familias en cuyo beneficio se hubiesen creado principados, ducados y otras distinciones destinadas á ser hereditarias. En su consecuencia, estableció con un senado consulto, que los títulos que él hubiese dado, así como las rentas anejas á ellos, fuesen transmisibles por herencia en línea recta de varón en varón, al contrario del modo de suceder admitido por el Código civil. Estableció además que los dignatarios del imperio pudiesen en todos los grados transmitir á sus hijos primogénitos un título, ya de duque, ya de conde ó de barón, según la dignidad

(1) Estas líneas fueron escritas en 1846, durante la monarquía. Las escribí porque las creí verdaderas en todos tiempos; por lo cual no las borro aunque los tiempos hayan cambiado. (N. del A.)

(*) Por más que Mr. Thiers se esfuerce en disimular la contradicción en que incurrió Napoleón con los principios de 1789 al crear una nueva aristocracia restableciendo los títulos y las vinculaciones, ¿quién se persuadirá de que estas nuevas jerarquías sociales eran cosa distinta de las jerarquías que la revolución había destruído, cuando se constitulan los mayorazgos, y bienes privilegiados, y títulos anejos á las tierras y derechos de primogenitura, y exclusión de hijos menores y por último la perpetuidad en la propiedad inmueble? ¿La extensión sucesiva de los nuevos mayorazgos no había de ir acabando poco á poco con la igualdad de las particiones, con la libertad del testamento, y con el derecho que el código civil reconocía y sancionaba en todos los hijos á la sucesión de su padre común?

Por lo demás, el que lea el famoso folleto de Goldsmith titulado *Gabinete de Saint-Cloud*, podrá juzgar de si le bastó á Napoleón su gloria para eximirse del ridículo y de los sarcasmos de la Europa por aquel empeño. (N. del T.)

del padre, siempre que hubiesen probado poseer cierta renta, cuya tercera parte por lo menos había de quedar vinculada con el título conferido al descendiente. Estos mismos personajes tenían también derecho para constituir en favor de sus hijos menores ciertos títulos, inferiores á los concedidos á los primogénitos, y siempre con la condición de dejarles aneja una parte de sus bienes como vínculo hereditario. No fué otro el origen de los mayorazgos. Dióse á los grandes dignatarios, como el grande elector, el condestable, el archicanciller y el architesorero, el tratamiento de *alteza*; á sus primogénitos el título de *duques*, siempre que sus padres hubiesen instituído en su favor un mayorazgo de doscientas mil libras de renta; á los ministros, senadores, consejeros de Estado, presidentes del cuerpo legislativo y arzobispos se les autorizó para llevar el título de *condes* y transmitirlo á sus hijos ó sobrinos, con la condición de fundar un vínculo de treinta mil libras de renta; por último, dióse á los presidentes perpetuos de los colegios electorales, á los primeros presidentes, á los fiscales y obispos, y á los alcaldes (*maires*) de las treinta y siete ciudades principales (*bonnes villes*) del imperio el título de *barones*, para poderlo transmitir á sus primogénitos, bajo condición de fundar un mayorazgo de quince mil libras de renta. Los meros individuos de la Legión de Honor habían de llamarse caballeros, y transmitir este título mediante un mayorazgo de tres mil libras de renta. Destinábase otro estatuto á determinar las condiciones á que habían de someterse los bienes constituídos en forma de vinculaciones bajo un régimen excepcional.

También fué el senado el encargado de imprimir un carácter legal á esta nueva creación imperial, por medio de un senado-consulta, donde se declarase muy terminantemente, que estos títulos no conferían ningún derecho especial, ni llevaban consigo la menor excepción á la ley común, ni atribuían exención alguna de las cargas ú obligaciones impuestas á los demás ciudadanos. Lo único excepcional era el régimen de las substituciones impuesto á las familias ennoblecidas, las cuales sólo adquirían su nueva grandeza sacrificando en beneficio propio la igualdad de las divisiones.

Consignadas estas disposiciones, distribuyó Napoleón entre sus compañeros de armas parte de los tesoros que había acumulado su genio. Antes de conferir á Lannes, Massena, Davout, Berthier, Ney y otros los títulos que se proponía sacar de los grandes sucesos de su reinado, quiso desde luego dejar asegurada su opulencia. Dióles tierras situadas en Polonia, en Alemania y en Italia, con la facultad de venderlas para emplear su producto en Francia, y sumas considerables de dinero contante para comprar y amueblar sus alojamientos. No era esto más que empezar, porque más adelante duplicó, triplicó y aun cuadruplicó estas dotaciones en algunos de ellos. Dió al mariscal Lannes una renta de trescientos veintiocho mil francos, y un millón en metálico contante; al mariscal Davout cuatrocientos diez mil francos de renta, y trescientos mil en dinero; al mariscal Massena ciento ochenta y tres mil francos de renta, y doscientos mil en dinero (aunque después fué de los que salieron mejor dotados); al mayor-general Berthier cuatrocientos cinco mil francos de renta, y quinientos mil en dinero; al mariscal Ney doscientos veintinueve mil francos de renta, y trescientos mil en dinero; al mariscal Mortier

ciento noventa y ocho mil francos de renta, y doscientos mil en dinero; al mariscal Augereau ciento setenta y dos mil francos de renta, y doscientos mil en dinero; al mariscal Soult trescientos cinco mil francos de renta, y trescientos mil en dinero; al mariscal Bernadotte doscientos noventa y un mil francos de renta, y doscientos mil en dinero. Los generales Sebastiani, Víctor, Rapp, Junot, Bertrand, Lemarrois, Caulaincourt, Savary, Moutón, Moncey, Friant, Saint-Hilaire, Oudinot, Lauristón, Gudín, Marchand, Marmont, Dupont, Legrand, Suchet, Lariboissiere, Loison, Reille, Nansouty, Songis, Chasseloup y otros, recibieron, unos ciento cincuenta mil, otros cien mil, ochenta mil y cincuenta mil francos de renta, y casi todos cien mil francos en dinero. También los empleados civiles participaron de estos donativos. El archicanciller Cambaceres y el architesorero Lebrún obtuvieron cada cual doscientos mil francos de renta; Mollién, Fouché, Daru, Decrés y Gaudin recibieron cuarenta ó cincuenta mil cada uno. Así para los civiles como para los militares, estas magníficas dotaciones eran meramente provisionales, y radicando en Polonia, Westfalia y Hannóver, no podían menos de interesar á los que de ellas eran objeto en la conservación de la grandeza del imperio. Se reservó Napoleón en Polonia veinte millones en Estados, treinta en el Hannóver, y en Westfalia un capital representado por cinco ó seis millones de renta, independientemente de treinta millones de capital y de un millón doscientos cincuenta mil francos de renta en Italia, ya reservado en el año de 1805. Tenía, pues, lo bastante para enriquecer á los valientes que le eran devotos, y para realizar estas memorables palabras, que á muchos de ellos había dirigido: «No saqueen ustedes, yo les daré más de lo que pudieran apropiarse; y este fruto de mi previsión no será á costa de su honor de ustedes ni de los pueblos que hemos vencido.» Y decía bien, porque los Estados que distribuía eran ó Estados imperiales de Italia, ó reales y ducados de Prusia, Hannóver y Westfalia. Pero como estos Estados, adquiridos con la victoria, podían perderse en una derrota, la mayor parte de los que eran dotados con ellos, por fortuna suya habían de trocar estos donativos de tierras en países extranjeros, por otros, no menos espléndidos, pero sí menos expuestos á las contingencias de los sucesos, cuales eran las rentas del Estado y las acciones de los canales.

No fueron los generales franceses los únicos que participaron de estas liberalidades, pues también los generales polacos Zayonscheck y Dombrowski, como antiguos servidores de la Francia, sacaron un millón de francos cada uno.

Después de los generales recibieron muestras de largueza los oficiales y soldados. Mandó Napoleón dar á todos ellos, además de sus atrasos, considerables gratificaciones, para que pudiesen desde luego gozar algún solaz, que tenían tan merecido. Distribuyéronse con este objeto hasta diez y ocho millones de francos: seis entre los oficiales y doce entre los soldados. Los heridos recibieron su remuneración triplicada. Los que habían tenido la fortuna de asistir á las cuatro grandes batallas de la última guerra, Austerlitz, Jena, Eylau y Friedland, la obtuvieron doble. A estas gratificaciones momentáneas agregáronse dotaciones permanentes de quinientos francos para los soldados mutilados, y de mil, dos mil, cua-

tro mil, cinco mil y hasta diez mil francos para los que se hubiesen distinguido, desde el grado de teniente hasta el de coronel. Así para los oficiales como para los generales esta primera remuneración, á la que habían de seguirse otras más considerables, era independiente de las pensiones de la Legión de honor y de las de retiro que se consideraban al concluir la carrera militar como de ley.

Quería pues aquel glorioso vencedor que todos participasen de su prosperidad como de su gloria. Él por su parte, sencillo y económico en su persona, sólo espléndido con los demás, castigaba la menor distracción de los fondos públicos, mostrábase inflexible contra todo gasto que no le parecía necesario en su palacio ó en el Estado, y sólo era pródigo en sus elevadas y nobles miras, y para todo el que hubiese contribuído á la gloria de la Francia ó á la suya. Los detractores de su gloria y de la nuestra han supuesto que despojando á los vencidos y hartando la codicia de los soldados, había quitado á unos lo que le servía para exaltar el arrojo de otros. Abandonemos tales calumnias á los extraños y á los partidarios de sus pasiones: esos tesoros no fueron arrebatados á los pueblos, sino á los emperadores, á los reyes, á los príncipes y á los conventos, conjurados contra la Francia desde 1792. Por lo que hace á los pueblos vencidos, fueron respetados cuanto permite la guerra, mucho más de lo que habían sido en cualesquiera tiempos y países; mucho más de lo que fuimos nosotros. Y en cuanto á aquellos heroicos soldados, cuyo coraje se supone haber exaltado Napoleón con dinero, tan ajenos estaban de ir á hacer fortuna cuando corrían á Austerlitz, á Jena, á Eylau y á Friedland, como cuando volaban á Marengo y á Rívoli, y aun antes á Valmy ó á Jemmappes. Después de haber acudido en 1792 á la defensa de su patria, lanzábanse ahora á la gloria impelidos por el vehemente anhelo de acabar grandes empresas, anhelo que la revolución francesa engendró en sus pechos, y que Napoleón supo fomentar hasta el más alto punto. Consideraban como un inesperado favor de la fortuna cualquier leve solaz que encontrasen al acabar una penosa jornada de prueba, sufriendo el frío, el hambre y la muerte, y lo disfrutaban con el mismo júbilo con que gasta el soldado la moneda de oro que se encuentra en el campo de batalla: y siempre estaban prontos á dejar de nuevo aquellos brevísimos ocios para volver á arriesgar una vida que no consideraban como propia, y que se apresuraban á consumir como si la hubiesen recibido prestada de Napoleón, hasta tanto que éste reclamase su sacrificio.

Tomó Napoleón otras medidas tan prudentes como humanas. Mandó, como tenía por costumbre en cada intervalo de paz, disponer una tras otra varias revistas, para sacar de las filas á los soldados cansados ó mutilados que ya no prestaban más servicio que el de estimular con sus historias militares á los bisoños. Después de dejar corrientes sus pensiones, hacía llenar sus huecos con reclutas, repitiendo sin cesar que si el tesoro del ejército era bastante pingüe para pagar todos los servicios antiguos, el presupuesto del Estado no lo era para mantener soldados inútiles ya para el servicio activo. Deseoso de atender á los méritos civiles lo mismo que á los militares, reclamó, y obtuvo, que se modificase la ley de pensiones civiles, que desde el año 1789 había

sufrido por influjo del capricho popular tantas infracciones como por el capricho real antes de dicha época. Bajo la Asamblea Constituyente se había adoptado como máximo de toda pensión civil la cantidad de diez mil francos, en tiempo de la Convención la de nueve mil, y en tiempo del Consulado la de seis mil. Quiso Napoleón que este límite se extendiese á veinte mil francos, reservándose el acercarse y llegar á él sólo en caso de servicios eminentes. La muerte de Mr. Portalis, que dejó á su viuda pobre, le sugirió este pensamiento, tan poco perjudicial á la hacienda de un Estado como útil al desarrollo de los talentos. Decretó una pensión de seis mil francos, y una suma de veinticuatro mil francos en dinero, para la señorita Dillom, hermana del primer oficial muerto en nuestros tumultos populares. Murió en la Martinica la madre de la emperatriz, madama de la Pagerie, y mandó poner en libertad á los negros y negras de su servicio, dotar á una doncella que la había cuidado, y proporcionar en suma un bienestar á todos cuantos habían tenido el honor de vivir á su lado.

Lo mismo que todos los servidores del Estado, participó la Iglesia de la munificencia del conquistador. Accediendo á lo propuesto por el príncipe Cambaceres, que había administrado interinamente los cultos en el intervalo transcurrido desde la muerte de Mr. Portalis hasta el nombramiento de Mr. Bigot de Preameneu, estableció que se aumentase el número de las ayudas de parroquia de veinticuatro hasta treinta mil, con objeto de extender á todas las poblaciones del imperio los beneficios del culto. Advirtiéndose además que la carrera del sacerdocio estaba más abandonada que antiguamente, concedió dos mil cuatrocientas pensiones gratuitas á los seminarios diocesanos. Quería que supiese la Iglesia, que no por tener con su jefe algunas diferencias de carácter puramente temporal, estaba menos dispuesto ahora á servirla y protegerla. Ocupábase á la sazón, en cumplimiento de la ley de 1806, que le autorizaba para fundar una universidad, en formar este gran establecimiento; pero esta idea no había aún sazornado en su mente ni en la de los que le rodeaban. Contentóse por de pronto con aumentar el número de pensiones gratuitas en los liceos.

Mientras hacía tanto por los demás, no dejó sin embargo de consentir una medida que sólo parecía interesar á su gloria personal: unos por sincera devoción y otros por adulación mera, habían manifestado vivos deseos de que diese al código civil el nombre de código Napoleón, y así lo hizo en efecto. Verdaderamente el nombre no podía ser más merecido, porque era tan obra de Napoleón este código como las victorias de Austerlitz y de Jena. En aquellas dos memorables batallas tuvo soldados que le prestaron su brazo, como tuvo para la redacción de este código jurisconsultos que le prestaron su saber; pero la conclusión de esta grande obra sólo fué debida á la fuerza de su voluntad y á la solidez de su juicio. Si Justiniano, que según se dice en la exposición de los motivos de la obra, *combatía por medio de sus generales y pensaba por medio de sus ministros*, había dado con razón su nombre al código de las leyes romanas, con mucha más razón podía Napoleón dar el suyo al código de las leyes francesas. Además el nombre de un hombre grande y un buen código se prestan protección mutua. Nada más justo, pues, que

esta medida, la cual fué imaginada, propuesta y acogida por todos los que tenían parte en el gobierno, casi sin que Napoleón se tomara el trabajo de descarta y pedirla. Al mismo tiempo escribía Napoleón á sus hermanos y á los príncipes sometidos á su influencia, estimulándoles á introducir en sus Estados aquel código de la justicia y de la igualdad civil. Mandó su observancia en toda la Italia. Encargó á su hermano Luis que lo hiciese adoptar en Holanda, y á su hermano Jerónimo que lo introdujese en la Westfalia. Amonestó al rey de Sajonia, gran duque de Varsovia, á que lo pusiese en vigor en la Polonia restaurada. Estudiábase también en Alemania, y á pesar de la repugnancia con que aquella región debía naturalmente recibir todo lo que procediese de la Francia, no había en ella quien no admirase la equidad de un código como aquél, que además de su precisión, claridad y enlace, tenía la ventaja de restablecer la justicia en la familia, acabando en ella con la tiranía feudal. En Hamburgo fué pedido el código civil por el voto unánime de la población. La ciudad de Dantzig acababa de ponerlo en práctica; asegurábase que otro tanto iba á hacerse en Bremen y en las ciudades anseáticas. El príncipe primado en su principado de Francfort, y el rey de Baviera en su engrandecida monarquía, le hacían estudiar con objeto de introducirlo en las ideas antes de que tuviera lugar en los usos. El gran duque de Baden acababa de admitirlo en su ducado. Así indemnizaba la Francia á la humanidad de la sangre derramada durante la guerra, y compensaba con un beneficio inmenso para las generaciones futuras el daño que había causado á la generación presente.

Aunque la Providencia dispensase á una nación todas las glorias imaginables, todavía esta nación se tendría por poco venturosa con sólo que le fuera negada la gloria de las letras, de las ciencias y de las artes. Si los romanos no hubieran tenido más mérito que el de juzgar al mundo, civilizarle después de haberle vencido, y darle esas leyes inmortales que aún se perpetúan en nuestros códigos adaptados á nuestras costumbres; si con sólo este mérito eminente no hubieran tenido entre sus grandes hombres un Horacio, un Virgilio, un Cicerón y un Tácito, de modo que no hubieran hecho nada para halagar á la humanidad después de haber hecho tanto para dominarla, seguramente hubiera sido sólo de los griegos el honor de haber formado sus más nobles delicias, y hubieran ocupado en la historia del ingenio humano un puesto inferior al de este reducido pueblo. Pero el genio del gobierno y de la guerra estuvo siempre unido al genio de las letras, artes y ciencias, porque es imposible ejecutar sin pensar, y pensar sin hablar, escribir y pintar.

La Francia, que tanta sangre generosa derramó en todos los campos de batalla europeos, consiguió también esta doble gloria; y mientras alcanzaba las victorias de las Dunas y de Rocroy, producía el *Cid* y la *Atalia*: dió cuna á Condé, y para celebrar á Condé produjo un Bossuet. Napoleón, en su vehemencia anheló de grandeza, y de deber su grandeza sólo á la Francia, quería también que ciñese ésta bajo su gobierno toda clase de coronas, así las de la inteligencia como las de la fuerza, y no renunciaba á la esperanza de formar grandes literatos, grandes sabios y grandes artistas, lo

mismo que había formado héroes. Pero la voluntad, que lo puede todo en el hombre, no puede sin embargo cambiar los tiempos, y los tiempos tienen más poder sobre el genio de las naciones que toda la voluntad de los gobiernos. Carlomagno, á pesar de haber sido tan grande, y de haber mostrado tanto entusiasmo hacia todos los estudios nobles, no consiguió fecundar un siglo bárbaro. Luis XIV, amante del genio, sin comprenderlo muchas veces, y aun otras tratándole mal, no tuvo más que dejarle abandonado á su propio arranque para formar á su alrededor el espectáculo más bello que ofreció jamás el entendimiento humano, puesto que nunca produjo obras más grandiosas y acabadas. Aunque á Napoleón no le hubiera faltado para cumplir sus designios el tiempo que sus yerros le quitaron, nunca hubiera podido restituir al genio francés la lozanía que en otro tiempo produjo el *Cid* y la *Atalia*, y es bien cierto que nunca hubiera otorgado la libertad, que hace surgir Cicerones y Salustios bajo su vivificante influjo, y Tácitos después de muerta.

La Francia de 1789 á 1814, que era tan eminente en las ciencias, y que creía serlo también en las artes del dibujo, tenía en cuanto á la literatura tan poca vanagloria como mérito. Por lo tocante á las ciencias, tres sabios ilustres aseguraban á su época una gloria duradera con sus vastas y nobles tareas. Mr. Lagrange, haciendo traspasar á la ciencia algebraica sus antiguos límites, daba nueva importancia al cálculo abstracto. Mr. de Laplace, aplicando esta nueva potencia al universo, verificaba la único que quedaba por hacer después de Galileo, Descartes, Keplero, Copérnico y Newton, que era calcular con una fijeza hasta entonces desconocida los movimientos de los cuerpos celestes, y presentar el sistema del mundo en un sublime conjunto. Por último, Cuvier, aplicando una severa y perseverante observación á los restos que cubren nuestro planeta, estudiando y comparando entre sí los cadáveres de los animales y de las plantas sepultadas en la tierra, hallaba nuevamente la sucesión de los tiempos en la de los seres, y creando la ciencia ingeniosa de la *anatomía comparada*, daba realidad á aquella hermosa historia de la tierra que Buffón con un esfuerzo de su genio había conjeturado, sin poderla demostrar por falta de hechos bastantemente comprobados en la época en que floreció.

En las artes del dibujo se estaba verificando una reacción contra el gusto del décimotercer siglo muy laudable por la intención con que se hacía. Durante aquel siglo afeminado y filosófico, el pintor predilecto de la regencia, Boucher, había trazado sobre el lienzo con mano ligera licenciosas cortesanas, notables más que por su belleza, que era bien poca, por cierta gracia lúbrica. Con más decorosa y casta inspiración sobresalió Greuze en un género opuesto, pintando hermosas vírgenes con toque fino y delicado. Pero el arte, envilecido por Boucher, no pudo, á pesar de los esfuerzos de Greuze, restablecerse y recobrar la antigua dignidad de estilo á que Prusino, á falta de genio, había conseguido elevarle. Sólo es dado á una nación, exclusivamente, y por una vez tan sólo, asombrar al mundo con genios como Miguel Angel y Rafael, si bien todos, al practicar las artes, deben aspirar por lo menos á la corrección y á la nobleza del dibujo, y pueden conseguirlo con se-

rios estudios. Esto acabada de hacer el célebre pintor David. Disgustado del carácter que había tomado el arte en la época de su juventud, había acudido á Roma, se había entusiasmado con la belleza elocuente, pintoresca y sublime de los maestros italianos, y exaltándose por grados su pasión hacia lo bello, los italianos del décimoquinto siglo le condujeron al mismo arte antiguo; en vez de pintar deshonestas cortesanas como Boucher, y púdicas doncellas como Greuze, trazó en sus lienzos estatuas antiguas, elegantes, pero tiesas, sin vida y aun sin color; y, al mejorar de estilo su dibujo,



El pintor Gros

perdió su pincel la facilidad y la brillantez que aún se notaban en Boucher y en Greuze. Su escuela fué una escuela de imitación grave, noble y sin genio. Otro pintor sin embargo, Mr. Gros, esquivaba la imitación de los bajos relieves antiguos pintando batallas. Mal dibujante, compositor mediano, pero sensible al grandioso espectáculo de aquel tiempo y llevado por cierto natural arranque, cubría el lienzo de figuras que probablemente se perpetuarán por la robustez de ejecución y la brillantez de colorido que en cierto modo las caracteriza. Así como el estilo es el que asegura la duración de las obras del ingenio, lo que asegura la de las obras del arte es la ejecución, porque ésta es, no ya el único, sino el más elevado y el más constante sello de la inspiración. Otro pintor, Mr. Prudhón, imitando al Corregio en cierta propensión natural á la gracia, se atribuía apariencias de originalidad en una época como aquella en que era forzoso pintar Brutos ó Leónidas, ó granaderos de la guardia imperial. Pero ni Gros ni Prudhón, á quienes la edad posterior ha hecho más justicia, excitaban tanto entusiasmo como David, Girodet y